

Marcelino Cardalliaguet Quirant. Semblanza.

ANTONIO SALVADOR PLANS
Universidad de Extremadura
salvador@unex.es

Marcelino Cardalliaguet Quirant ha representado un papel importante en la cultura extremeña en los últimos decenios. El homenaje que le ofrece la *Revista de Estudios Extremeños*, en la que él colaboró tan activamente, y durante muchos años, es de justicia y una evidente muestra de gratitud y de reconocimiento a su labor.

Había nacido en Ávila el 3 de julio de 1937 y falleció en Cáceres, tras un agravamiento y deterioro de su estado de salud, el 29 de diciembre de 2020.

En él se unen diversas facetas que en el fondo se subsumen en una: su afán de contribución a la cultura y al conocimiento. Y lo lleva a cabo en sus facetas como historiador, como hombre dedicado a la política y como activista cultural (y utilizo intencionadamente el término porque Marcelino siempre fue una persona inquieta, que quería llevar la preocupación y el interés hacia cualquier parcela que escudriñaba y deseaba transmitir incesantemente esa voluntad a los demás).

Tras finalizar el Bachillerato, marchó a Madrid con la intención de hacerse profesor de lo que en aquellos años eran las materias de Formación Política y de Educación Física. Llegó a impartir esta docencia en Zamora durante diez años.

En la Universidad de Salamanca se licenció en Filosofía y Letras, especializándose en Historia y sobre todo en su gran pasión en muchos momentos de su vida: la Historia moderna. Colaboró activamente con quien fue su director de tesis, el profesor Don Manuel Fernández Álvarez. Marcelino —universitario a la antigua usanza, cada vez, lamentablemente, menos habituales en la actualidad— sintió siempre una gran admiración y respeto por su «Maestro».

Tras su licenciatura (finalizada en 1966) se convirtió en profesor ayudante de la Cátedra de Don Manuel.

Cuando en Cáceres se inició en octubre de 1971 la aventura del entonces Colegio Universitario de Filosofía y Letras, bajo la dirección de D. Ricardo Senabre Sempere, de inmediato se incorporó Marcelino al reducido pero brillante claustro de profesores que se formó, para impartir clases de Historia y en realidad de cuanto hiciese falta, dada su enorme vocación docente. Fui testigo, porque era alumno de esa primera promoción, cómo empezó a impartirnos *Historia Universal*, materia de primero de los entonces estudios comunes. Pero quien estaba destinado a ser nuestro profesor de *Historia del Arte* finalmente no pudo llegar y él se encargó también de esta materia. En segundo de comunes fue el responsable de *Historia de España*. Siguió compartiendo diversas materias a los alumnos de la especialidad de Historia con su compañero y gran amigo Ángel Rodríguez Sánchez, incorporado a Cáceres un año después. Ya en la especialidad, a los que habíamos elegido la rama de Filología, nos enseñó los rudimentos de *Paleografía*, materia que a mí me resultó fundamental, como futuro historiador de la lengua española. Ya entonces nos explicaba en sus clases aspectos poco habituales y que constituirían algunas de sus ocupaciones investigadoras posteriores, como los cruces de culturas en la Edad Media o la historia de las instituciones y del mundo jurídico de cristianos y musulmanes.

No acabó aquí su faceta docente. Cuando se inauguró la Facultad de Derecho, con la creación ya de la Universidad de Extremadura, el profesorado era en esos primeros momentos muy escaso y no resultaba sencillo crear un cuadro de profesores con suficiente experiencia, por lo que Marcelino tuvo que ocuparse de la materia de *Historia del Derecho*, lo que llevó a cabo sin importarle en absoluto la sobrecarga.

Fue durante este período Secretario de la Junta del Patronato del Colegio Universitario (dependiente, básicamente, de la Diputación Provincial) y del propio Colegio.

En 1974 defendió brillantemente en Salamanca, bajo la ya citada dirección de Don Manuel Fernández Álvarez, su tesis doctoral titulada *Segunda Regencia del Príncipe Don Felipe (1543 – 1548)*.

En 1975, debido entre otras razones a la inestabilidad e inseguridad que en esos años sufría el profesorado universitario, prácticamente con las oposiciones congeladas, y considerando que el profesor Cardalliaguet tenía ya una familia numerosa, opusó a las Cátedras de Secundaria. Obtuvo la de Zafra. Continuó en Comisión de Servicios en la Universidad, pero en 1976, por

imperativo legal, tuvo que trasladarse ya a la Cátedra en el Instituto «Suárez de Figueroa», del que llegó a ser Director. En octubre de 1979 pasó a ocupar la Cátedra de Historia del Instituto «El Brocense» en Cáceres, en donde permaneció ininterrumpidamente hasta su forzosa jubilación (Marcelino siempre decía que él no se iba voluntariamente por nada del mundo, que lo echaban por la edad). Había sido también Director en este centro desde 1982 a 1986 y después se dedicó a coordinar programas de Reforma de las Enseñanzas Medias en todo el ámbito extremeño. Del mismo modo fue el responsable máximo de programas de innovación educativa de diversos institutos regionales, fruto de los cuales surgieron presentaciones en congresos educativos y reuniones e incluso publicaciones.

Como luego destacaré, su estancia en estos centros motivó buena parte de sus preocupaciones investigadoras en esos años e incluso la plasmación de sus inquietudes políticas.

En el plano cultural, además de las publicaciones, a las que luego me referiré con mayor detenimiento y amplitud, colaboró muy activamente en el proyecto de la *Gran Enciclopedia Extremeña*, coordinando la Sección de Actualidad y con la redacción de diversos artículos de Historia Moderna o de Historia de América. Fue uno de los grandes impulsores de la revista *Ars et Sapientia*, vinculada a la Academia de Extremadura. En su etapa en Zafra había sido consejero de la Institución Cultural «Pedro de Valencia» e inició su fructífera vinculación con la *Revista de Estudios Extremeños*, en la que continuó después durante muchos años.

Tras su regreso a Cáceres, fue Consejero de la Institución Cultural «El Brocense» y coordinador del Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial. Cuando se le propuso como director de la revista *Alcántara* me invitó —junto a otros compañeros— a colaborar con él y acepté entusiasmado y agradecido. Durante los cinco años en que estuvimos juntos la labor desarrollada por él me pareció de un enorme mérito. Siempre quiso que primara la calidad de las publicaciones y que esta se mostrase por encima de cualquier otra consideración, al igual que los informes que se redactaban —muchos los llevaba él a cabo— con los libros que iban llegando para su posible publicación.

Aún tuvo tiempo, dado su espíritu incansable, para integrarse plenamente en el Ateneo de Cáceres, donde coordinaba la sección de Historia y Arqueología desde 2001.

Y todo ello además sin olvidar —mientras pudo— sus paseos por la ciudad de Cáceres. En bastantes ocasiones nos encontrábamos y aprovechábamos

para hablar de múltiples asuntos, aunque casi siempre el giro final derivaba hacia la cultura y los libros. Su espíritu crítico y humorístico —raramente sarcástico y desde luego nada cáustico— recorría, con parsimonia y sin levantar nunca la voz, múltiples facetas. Era un gran conversador, aunque no le faltaba tampoco la virtud de saber escuchar. Por eso los encuentros se convertían en un placentero diálogo.

En su faceta política, que nunca desligó de su compromiso social y de su pasión por la cultura, en Zafra fue Concejal de su Ayuntamiento y Diputado Provincial en Badajoz.

En Cáceres también figuró como Concejal y Primer Teniente de Alcalde desde 1983 a 1999, sobre todo en el mandato del recordado Juan Iglesias Marcelo. Quizás de esta etapa lo más destacado, y que él recordaba con frecuencia, fuese que en 1986 era el Presidente de la Comisión de Cultura que se había encargado de toda la compleja tramitación de la documentación para que Cáceres fuese declarada por la Unesco «Patrimonio de la Humanidad». La consecución fue sin duda un logro colectivo, en el que intervinieron muchas personas. Pero Marcelino tuvo ahí un papel decisivo.

Como puede observarse su vida política y social siempre estuvo muy estrechamente vinculada con el mundo de la cultura y difícilmente se podrían entender disociadas. Por otra parte él era un decidido partidario de la difusión cultural, de que no podía encerrarse el saber solo en los libros o estar destinado a los especialistas, sino que era una obligación del intelectual la divulgación de ese conocimiento. De ahí, por ejemplo, sus numerosas conferencias sobre trabajos propios o sobre lo que se estaba haciendo en esos momentos en diferentes campos del saber.

Posiblemente aquí haya que incluir también su colaboración como columnista en los diarios regionales, en donde aportaba un enfoque crítico y esclarecedor de los problemas. También colaboró, a partir de 2010, con Canal Extremadura Radio, en un espacio en el que daba a conocer, entre otras cuestiones, la razón de ser de la denominación del callejero de Cáceres o de otras localidades, los personajes históricos de Extremadura o sucesos culturales de importancia (pero con frecuencia también incidía en detalles de la vida cotidiana de otras épocas).

En el terreno investigador su producción es amplia. Sin que pretenda ni muchísimo menos que este apartado se convierta en la mera descripción de un catálogo bibliográfico, sí quiero destacar que solo con una rápida comprobación en el portal de *Dialnet* (ya es de sobra sabido que la recopilación no es ni

mucho menos exhaustiva) aparecen setenta y cuatro publicaciones en forma de artículos de revistas, cuatro colaboraciones en obras colectivas y cinco libros.

Sus libros (no todos registrados como acabo de señalar en la plataforma *Dialnet*) responden básicamente a su interés por ofrecer un panorama histórico de Extremadura. A ello responden títulos como *Sociedad y territorio en la historia de Extremadura*, *Historia de Extremadura*, *Atrás y adelante. La revolución en Extremadura*. Junto a estas publicaciones de carácter regional (a las que habría que añadir su visión esperanzada de la *Transición política y estatuto de autonomía*), tampoco faltan las monografías locales, varias de ellas dedicadas a la ciudad Patrimonio de la Humanidad o su entorno como *Tierras de Cáceres* (en colaboración con Juan Rosco Madruga) o el *Callejero histórico cacereño*. También dedicó su atención a las tierras de Granadilla, en un libro titulado así y cuya autoría compartió con Enrique Cerrillo Martín de Cáceres y María Ángeles Ávila Macías o a Guadalupe (*Guadalupe y otros temas*). Incluso dentro de sus inquietudes docentes, que ya he comentado, fue el director del *Programa coordinado de EGB-BUP. Historia y Geografía*, que publicó el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Extremadura. Podría también destacarse el estudio biográfico en que glosó la figura de Luis Sergio Sánchez, en su doble faceta de profesor y poeta y que publicó la Diputación de Badajoz en 1995. Es preciso destacar aquí un título por el que el profesor Cardalliaguet sintió una gran ilusión y del que estaba muy orgulloso: la historia de *El Instituto Provincial de segunda enseñanza de Cáceres (Ciento cincuenta años de historia educativa: 1839 – 1989)* y que apareció ya en 1997.

Colaboró en diversas obras colectivas, alguna vinculada con la enseñanza de la Historia y las Ciencias Sociales. Pero también en volúmenes científicos como el que recogió las actas del *Congreso Hernán Cortés y su tiempo. V Centenario* (1987) en el que desmenuzó el sistema fiscal e impositivo de Castilla en la época del Conquistador o su contribución sobre las rentas de la Iglesia Colegial de Zafra, en el homenaje a Antonio Domínguez Ortiz (1981).

En sus numerosos artículos se centra, fundamentalmente (aunque no de modo exclusivo) en el conocimiento histórico de Extremadura. Para ello aprovecha la posibilidad de bucear en los archivos de las ciudades en donde trabajó (Zafra y Cáceres, sobre todo) y la necesaria contribución en las revistas que dirigió (*Ars et Sapientia y Alcántara*).

En el caso de Zafra fueron varios sus trabajos de investigación: «Propiedades y vínculos eclesiásticos en Zafra y su comarca a finales del Antiguo Régimen», en *Alcántara*, 1986 y sobre todo los que publicó en la *Revista de Estudios Extremeños*: «Las rentas de la Insigne Iglesia Colegial de Zafra (Badajoz) a

finales del Antiguo Régimen» (1982), «Zafra y su comarca a finales de su Antiguo Régimen» (1984) o «El Archivo Parroquial de la Insigne Iglesia colegial de Zafra» (1985, junto a Fernando Cortés). Igualmente, en *Ars et Sapientia*, apareció un Catálogo documental de Zafra (2009).

En su etapa en que se involucró muy activamente en *Ars et Sapientia* se convirtió en uno de los más asiduos colaboradores de la revista, en donde, por ejemplo, expuso trabajos sobre Roma (2010), aspectos sociales del «2 de Mayo» en Madrid (2010), Venecia, Murano, Lisboa, Washington o su visión de Don Quijote. Esta pequeña selección muestra la diversidad y amplitud de las preocupaciones culturales e intelectuales de Marcelino. Por supuesto, los artículos vinculados con la historia o con la biografía (otra gran pasión suya), abundan en la revista: los dedicados a la figura del archivero Antonio Rubio Rojas, a Gabriel Llabrés y Quintana, a la figura de Fray Juan de Zúñiga Pimentel, como primer humanista extremeño, a la visión de Isabel I y sus reformas económicas, También profundizó en el análisis de los tópicos y leyendas que rodearon a la figura de España, o en su visión crítica, aunque positiva y sosegada, del intento de que Cáceres fuese declarada como ciudad europea de la cultura.

No fue precisamente menor su constante aportación al enriquecimiento de la revista *Alcántara*, sobre todo en sus años de dirección. La sola enumeración de temas resulta abrumadora: Don Diego María Crehuet (2008), la escultura medieval y tardomedieval en la diócesis placentina (2005), su reflexión sobre la diferencia entre tiempo, tiempo histórico y tiempo de historia (2000), las herencias de la Dictadura franquista en Extremadura (2000), su visión de Francisco Sánchez de las Brozas (2000), que titula «Insolente, atrevido y mordaz», el quinto centenario de Carlos V (al que dedicó dos artículos en el año 2000). Analizó igualmente la figura de Domingo Sánchez Loro (2000), del Conde de Canilleros (1999), de San Pedro de Alcántara, de Saturnino Martín Cerezo, héroe de Baler (1998), del profesor Romano García, anterior director de *Alcántara* y compañero suyo en el claustro universitario de la Facultad de Filosofía y Letras (1998).

Otros aspectos estudiados versan sobre cuestiones de arte, sobre la rutas de la historia y su influencia en Trujillo (1998), el desarrollo del proceso constitucional entre 1978 y 1998, la visión de la cultura popular y la cultura vulgar, el compromiso social con Extremadura (1997), la cultura y el lenguaje (1997), el repaso sobre lo que la propia revista había publicado acerca de la época del descubrimiento de América (1996), el Valle del Ambroz (1996), la repoblación en Extremadura en la Edad Media (1996), las condiciones geográficas y estructurales en los asentamientos protohistóricos en Extremadura (1995)...

También colaboró en otras revistas como *Urogallo* (1993) con una profunda revisión de las sombras y los destellos de la historiografía más reciente en esos momentos sobre la región o incluso en la revista del Programa de Mayores de la Universidad de Extremadura (2008).

Marcelino era un asiduo redactor de reseñas: numerosísimas en *Ars et Sapientia*, donde reflejaba casi sistemáticamente todo lo que iba apareciendo que tuviese un mínimo interés. También en *Alcántara*. Esta actitud procedía precisamente de su inquietud intelectual, que abarcaba además numerosos y variados campos de interés. Si a este hecho de ser un lector devorador constante de libros se le unía su afán de divulgar el conocimiento, la reseña era seguramente el medio más eficaz para conseguir estas metas.

He querido señalar aparte su contribución a la *Revista de Estudios Extremeños*, a cuyo consejo de redacción perteneció durante tantos años. No faltaba nunca, si podía, a las reuniones periódicas que se celebraban en el *Centro de Estudios Extremeños*. No creo que descubra nada si digo que no le gustaba demasiado precisamente conducir. Por eso íbamos siempre juntos a las reuniones. Eran momentos que aprovechábamos para charlar y para recordar. Allí, en la espaciosa mesa de la sala de reuniones era el primero que se ofrecía para revisar cuanto la Directora del Centro, Lucía Castellano, o los diversos directores de la revista, nos presentaban y además sus observaciones eran siempre muy detalladas.

Su contribución científica a la revista también ha sido importante. Además de los estudios dedicados a Zafra y su comarca (1984), que ya he apuntado, destacan los que se centran en los factores de la emigración extremeña en el siglo XVI (1978), la vinculación de Alfonso XIII con Extremadura (2002), el estudio de los cronistas, apologistas y biógrafos de Isabel de Castilla o el centrado en la vida cacereña en los años de la segunda República (2017). Un carácter más íntimo y personal posee el que dedicó a su compañero Ángel Rodríguez y que tituló «Ángel Rodríguez: un recuerdo desde la lejana permanencia» en el año 2001.

Tampoco faltan las reseñas publicadas en la REEx que se centran en las más recientes, en esos momentos, publicaciones históricas referidas a Extremadura.

He querido ofrecer unas breves pinceladas de la vida y de la actividad intelectual de quien fue durante muchos años nuestro compañero en el deseo de que la *Revista de Estudios Extremeños* siguiese alcanzando el mayor nivel de prestigio posible. Y a ello contribuyó incesantemente, sin duda, Marcelino Cardalliaguet.

Ofrecer un catálogo completo de las publicaciones de este historiador podría parecer tarea relativamente fácil. Pero no lo es en realidad, aparte de innecesario, porque era una persona muy preocupada por múltiples quehaceres intelectuales y que no desdeñaba ningún lugar de publicación, por humilde que pudiese parecer. El panorama, y el resultado es, en consecuencia, sumamente parcial, creo que de modo consciente.

Para mí, Marcelino fue mi profesor en cuatro asignaturas durante mi carrera universitaria, pese a no ser yo especialista en Historia. Pero afortunadamente, y ese aspecto lo comenté reiteradamente con él en algunos de nuestros viajes, la formación de nuestras generaciones —la suya y la mía, ambas con un plan de estudios común— estaba más cercana al humanismo que a la especialización exagerada y desmesurada actual, que no siempre trae, en mi opinión, frutos positivos. Yo no concibo la filología sin la historia, sin el arte o sin la geografía, por ejemplo, como Marcelino no concebía la historia sin la lectura de las obras publicadas en esas épocas. Y es que ambas disciplinas tienen como objeto final al hombre, a la cotidianeidad de sus acciones y de su entorno.

Pero además recordaré también nuestras múltiples conversaciones siempre que nos encontrábamos paseando por Cáceres o nuestros viajes para las reuniones de la revista. Incluso durante unos años estuve con él, tanto en esta revista nuestra como en la correspondiente cacereña. Fueron años en que aprendí a conocerlo.